

La orientación de la lectura como misión del Bibliotecario*

XAVIER ALCALDE C.

I.— LA LECTURA Y EL LIBRO EN LA SOCIEDAD ACTUAL

1.— *Lectura, Cultura Popular y Saber*

En nuestros días, la facultad de leer y escribir es el requisito básico para la cultura individual. Se considera que la alfabetización general es la condición indispensable para un máximo enriquecimiento cultural y el consecuente progreso de la sociedad. Este criterio constituye el hito definitivo para que la escritura, que en sus etapas pictográfica e ideográfica era patrimonio privativo de reducidos grupos, pase a ser un instrumento de toda la humanidad. Los otros dos jalones de su evolución fueron la creación de la escritura fonética y el alfabeto y luego la invención de la imprenta. Y con la escritura, su precioso contenido, las capas más elevadas de la cultura, han pasado también a ser accesibles a todos los hombres.

Fue en el siglo XIX que en la civilización occidental el Estado oficializó las ciencias y las letras (1) y al mismo tiempo, se puede considerar que se iniciaron, aunque muy débilmente, los intentos formales por divulgarlas. Este proceso de divulgación entonces permaneció muy lento y tuvo notorias restricciones. Ha sido recién en nuestro siglo —en las tres o cuatro últimas décadas— cuando su desarrollo ha sido acelerado. Para realizar la ilustración de las masas —como se ha convenido en llamarle—, la sociedad ha generalizado la educación convencional y ha reconocido la necesidad colectiva de la lectura, la cual ofrece mediante bibliotecas y bibliotecarios.

Antes de sancionarse esta política de divulgación general de la cultura, consustancial a la democracia, y que, como vemos, no se remonta a más de dos siglos, la sociedad ha tenido a través de su evolución otras muy diferentes y hasta opuestas. En algunas civilizaciones antiguas, no sólo no se difundía la cultura, sino que se llegaba a prohibir los libros al pueblo, como medida de seguridad para el gobierno. Y la escritura tenía tal carácter, que era necesario un permiso especial para pensar por escrito (2). Concretamente, es interesante recordar el criterio vigente en la Europa medieval, muy parecido al de la China e India antiguas (3). En ellas, existía una clase aparte de hombres de

(*) Tesis presentada para optar el título de Bibliotecario.

1 Ortega y Gasset, Misión del bibliotecario.

2 Voltaire, Diccionario filosófico.

3 Shipley, Diccionario de la Literatura Mundial.

letras, para la cual la lectura y la escritura eran los medios indispensables para cumplir su función social de aprendizaje y maestría. Las otras clases sociales tenían otros instrumentos, otras funciones y otros medios de vida. Los conocimientos necesarios los recibían en los ámbitos familiar y laboral y los complementaban con el aporte de ricos medios de comunicación, como, por ejemplo, las artes visuales. La literatura se mantenía principalmente por la tradición oral, y aun, debe recordarse que el grueso de la creación literaria emanaba precisamente de las clases iletradas. El florecimiento intelectual de estas civilizaciones fue grande, lo cual evidencia que el acceso general a la totalidad de la cultura no es indispensable para un alto grado de enriquecimiento cultural de la colectividad. Y, dicho sea como complemento, también se puede afirmar que el dominio de la escritura no es imprescindible para un alto grado de perfeccionamiento individual, como lo prueba la existencia de numerosos sabios, santos y otros hombres excepcionales analfabetos.

Es necesario destacar esto —aun cuando no tenga absoluta validez actual— para vulnerar el prejuicio que pudiera haber en las mentes comunes, arraigado por la educación contemporánea a base de libros, en el sentido de que el valor de éstos es absoluto y de que es insustituible la culturización mediante ellos. Es un hecho que en la actualidad están desapareciendo rápidamente de la faz del mundo los analfabetos. Y es una realidad también que con las grandes masas de alfabetizados viene funcionando desde hace algún tiempo un proceso de ilustración libresco. Conviene saber que en este caso la escritura y el libro parecen jugar cuando menos un papel inoperante.

De acuerdo con el criterio vigente, el grado de popularización que la cultura ha alcanzado debería redundar en beneficio del acervo cultural de la sociedad. Sin embargo, esto no sucede. Es una opinión autorizada general que, por el contrario, la ilustración de las masas plantea hoy agudos problemas culturales de índole absoluta que en el pasado solamente se insinuaron. De estos problemas, se puede señalar tres que destacan por su envergadura:

1. Una árida e inaccesible especialización en todos los campos de una dilatada "cultura", lo que la hace inaprehensible en su conjunto para la mente humana, mueve a dudar sobre su carácter homogéneo y desvincula a los hombres en sus actividades.

2. Una extensa clase de hombres aparentemente cultos que busca y ostenta acopio de una gran cantidad de información —acorde con el crecimiento de la "cultura"— en desmedro de la profundización comprensiva.

3. Un gran desconocimiento de la continuidad histórico-temporal de la época presente, que la desubica, aislándola y singularizándola absolutamente, impidiendo su comprensión como fase de la evolución humana. Esto se manifiesta principalmente en la confusión entre lo valioso y lo que está de moda en los campos literario y artístico, y en la esterilizante suficiencia del hombre actual, satisfecho con "su" ciencia y técnica.

Ante la gravedad de estos problemas, que alejan a la cultura que los sufre del verdadero saber, podría surgir el interrogante dramático de si la alfabetización e ilustración de las masas es un factor provechoso o contraproducente para la civilización. Esta cuestión, sin embargo, es muy importante para juzgarse precipitadamente. Más prudente sería considerar previamente si la alfabetización e ilustración —especialmente ésta— se imparten eficazmente como medios. Respecto a la alfabetización, es un reproche frecuente que se hace a la Educación el de que no enseña a leer completamente. En cuanto a la ilustración, es evidente a primera vista que ella adolece de defectos saltantes. El pueblo, en una lectura generalmente obligatoria, deficientemente dirigida y organizada, ha encontrado en los libros puestos a su disposición, por ejemplo, una historia de-

formada por diversos intereses (nación, raza, religión), una ciencia barata despojada de su prestancia en pro de una fácil inteligencia y unos clásicos mutilados que han perdido su esencia.

2.— *El problema del libro y la cultura, según Ortega y Gasset*

Para José Ortega y Gasset (4) el libro es un depósito y un instrumento de cultura, por lo que su importancia es suprema para la civilización.

El hombre es un ser peculiar que desde que nace no empieza a ser hombre por sí solo, sino que hereda las formas de existencia, las ideas, las experiencias de sus antepasados, que lo capacitan para enfrentarse en forma más adecuada a su ambiente vital. Esto lo confirma la antropología actual, para la que incluso la razón y la mente humanas es probable que se hayan ido adquiriendo y desarrollando paulatinamente, como logro de la civilización (5) y su legado se mantiene por la herencia y por la cultura.

Es un conjunto de experiencias ventajosas estereotipadas lo que constituye básicamente la cultura humana. Ortega y Gasset la define como "conjunto de instrumentos que el hombre se crea para vencer las dificultades inherentes a la vida".

El libro es el medio principal para perpetuar la cultura y comparte —aunque con amplias zonas comunes— con la Educación la función de mantener a través de las generaciones y las edades la línea —¿ascendente?— de la civilización. Por lo que se ha dicho sobre la cultura, se deduce que cuanto más se tenga acumulado de ella en los libros, se obtendrá mayor aprovechamiento y lógicamente se acentuará el progreso. En nuestra época, el número de libros supera largamente al de todas las épocas pretéritas juntas y sin embargo —como se ha expuesto parcialmente en el capítulo anterior— las evidencias no denotan progreso integral.

Sucedería que, acualmente y desde hace escasas décadas, la ciencia y la técnica, que son las esferas más dinámicas y variables de la cultura, "engrosan fabulosamente y se multiplican, rebasando las capacidades de adquisición del hombre y acongojándolo y oprimiéndolo como plagas", al decir de Ortega. El esfuerzo intelectual de un grupo pequeño pero creciente de hombres, apenas en tres o cuatro generaciones, ha extendido sorprendentemente el horizonte de los conocimientos prácticos humanos. Esta ampliación ha hecho fuerte impacto en la cultura y en la producción de libros, dilatándolos inusitadamente. Según el filósofo español, este fenómeno cultural que hoy nos asombra no es nuevo en la historia, pues ya se ha presentado varias veces en la forma de crisis, producidas por la abundancia de facilidades que consigue el hombre, las que atrofian su actividad.

El problema —la crisis— de la cultura actual, se sintetiza para Ortega en la incapacidad del hombre para captar y aprovechar el crecido caudal de cultura que ha logrado. En la esfera del libro, inmediata a la de la cultura y quizá la que más se le aproxima en extensión, la crisis ha tomado cuerpo mostrando tres facetas, sostiene Ortega y Gasset. La primera es que hay demasiados libros, y éste es un hecho general y absoluto. La primordial función del libro, informar, queda así desvirtuada, pues resulta imposible cubrir —por razones de tiempo y de desorden de la producción— todos los aportes que hay sobre cualquier tema. Empero, es necesario hacer una importante aclaración.

4. Ortega y Gasset, op. cit.

5. Encyclopaedia Britannica.

ción: la información valiosa es la de lo esencial, la que en los libros, como en todo, está envuelta por lo accesorio, que dificulta su conocimiento; por lo tanto, si bien hay un defecto inicial en los libros, hay otro no menos grande en la labor de los responsables de la producción bibliográfica (¿quiénes?), que dejan sin individualizar con su esencia a los libros para ubicarlos consecuentemente dentro de un esquema. Así se origina que los libros vayan formando un conglomerado, sin estructuras, poco diferenciado en sus partes y por lo tanto de relativa utilidad. Ortega dice que la ciencia histórica del futuro dará breves esquemas articulados que trasluzcan sólo las estructuras de las épocas; en el presente hay que crear una política bibliográfica que le prepare los materiales con una simplicidad y rigurosidad acordes. Se debe mencionar, como posible solución a esta faceta del problema del libro, la documentación, técnica moderna que individualiza estrictamente cada aporte —exigiendo de los mismos autores extractos— y los sistematiza minuciosamente. Lamentablemente, la documentación no es aplicable a toda clase de libros, sino solamente a los científicos y técnicos, y no es más que una técnica que no soporta una objeción teleológica que más adelante se planteará. La segunda faceta del problema es que hay abundancia de libros malos. Ortega los diferencia como “inútiles” o “estúpidos”. De la primera condición son los que tienen sentido pero inaprovechable (sobre todo por ser reiteración de lo ya escrito) y de la segunda los que no lo tienen. Ambos son un lastre de la producción bibliográfica que aumenta su complicación. Y nuevamente, el régimen seguido con el libro contemporáneo muestra su deficiencia, permitiendo que sobre multitud de aportes, por una parte, y que haya lagunas o raleada producción en otras. En este punto, Ortega parece pecar por exceso, al pretender aplicar un criterio demasiado exacto al campo bibliográfico. Sostiene, por ejemplo, que la elaboración de libros malos resta energía para la de libros útiles; y en otra parte, especifica que son libros falsos o malos “aquellos que nada dicen entre lo que hay que decir y lo que se ha dicho” (de validez relativa, puesto que la cultura no es aún un sistema, ni mucho menos nítido).

Ciertamente, al presentar estas dos facetas del problema del libro, Ortega y Gasset tiene en primer plano a la mayoría de libros contemporáneos, de ciencia y técnica. La conclusión a la que él llega tras la exposición de estos aspectos es que resulta necesario organizar la producción del libro. Debería de dirigirse y controlarse la publicación, incluso por especialidades o temas, aunque con ello se afecte la libertad, pues el respeto a ésta no se ha implantado para “desnucar al sentido común”.

La tercera faceta del problema del libro es una consecuencia de los efectos de las anteriores. El mundo de los libros se presenta como una selva enmarañada para la gente. Puesto que las personas son incapaces de orientarse en ella y recorrerla, tienen un contacto superficial o indirecto con una gran cantidad de libros y poseen como resultado de esto un amplio repertorio de ideas arrancadas de ellos, de las cuales no conocen sino la apariencia aislada. Por otro lado, en los libros se trata prácticamente de todo; y no hay más que leerlos, aun mecánicamente, para localizar las opiniones y “soluciones” para cualquier cosa — hoy hasta las más inverosímilmente específicas. Y aunque una persona no fuera afectada por los libros en esta forma, el imperio del libro y de la educación libresco sobre la sociedad ha hecho que de una totalidad de personas que opina, se escuche a una enorme mayoría que repite las mismas palabras claves y juicios; y de la influencia de esta mayoría es difícil sustraerse. Es la soberana ley del menor esfuerzo y la comodidad la que prima: habiéndose acuñado ideas que tienen garantizada cotización social y valor práctico, la gente las maneja irreflexivamente. Estas pseudo ideas dan origen a una grave degradación del pensamiento

en las mentes comunes y fomentan la desorientación,, creando una gran confusión, no sólo en el terreno bibliográfico, sino también en el de las ideas.

3.— *Intentos que se hace en la lectura para solucionar el problema del libro.*

La sociedad sabe y siente que hay un problema del libro, empero es necesario que haga leer a sus miembros en la mejor forma posible. De las tentativas que se realiza con este fin, ninguna se dirige a solucionar propiamente el problema del libro, sino solamente a obviar sus manifestaciones más embarazosas para el público. La premisa común para el "modus operandi" de todas estas tentativas es la limitación de tiempo que tiene el ente social para dedicarse a la lectura.

La documentación es el medio utilizado para que cada libro o aporte bibliográfico, entre una gran cantidad, cumpla su misión informativa. Pero la documentación tiene una limitación que le impide ampliar sus servicios a todo el campo bibliográfico y ésta es que para su funcionamiento ella requiere el sustento de una disciplina establecida que le brinde su esquema, o en general sus convenciones, para clasificar los aportes. La documentación va pareja a cada especialidad científica o técnica y sigue pasivamente su curso, por lo que en última instancia le tocan las mismas objeciones a las que la especialización no sabe responder (como, por ejemplo, ¿a qué progreso conduce tan desmesurado desarrollo unilateral del conocimiento? y ¿qué sentido tiene conservar para el futuro tan numerosos aportes?).

Un recurso muy difundido puesto en práctica por la industria editorial, sobre todo en Norteamérica, al que Pedro Salinas (6) llama el de la "razón bruta", es el de reducir y adaptar libros, llegándolos a convertir hasta en historietas. En la misma forma se practica la reducción con una extensa novela contemporánea "best-seller", con el "Estudio de la Historia" de Toynbee, "El Capital" de Marx o aun con las obras de Shakespeare. La Universidad de Harvard, al presentar una edición adaptada de las obras del genio inglés, afirma: "se necesita versiones de las grandes obras sin dificultades innecesarias e infructuosas, más accesibles al lector común" (7). Pero lo que en verdad se consigue al simplificar obras literarias de esta categoría es quitarles su personalidad y presentar imitaciones de escaso valor, aptas sólo para satisfacer la curiosidad o la vanidad del vulgo. Ruskin (8) dice que tenemos a nuestra disposición en los libros lo mejor de cada lugar y cada tiempo, pero es necesario que nos elevemos para llegar a ellos, pues es imposible que descendan a nosotros; estos tesoros no podemos considerarlos como un auxilio sino como un premio. Salinas por su parte acierta al comparar los libros "destilados" al agua destilada y afirmar que a ambos se les quita el gusto, el elemento peculiar que los caracteriza. Los resúmenes de obras son otro recurso, del mismo tipo que el anterior. Al hacerlos en gran escala, se supone que una persona capacitada puede obtener por los demás la médula de cada libro. Esto se puede admitir en el caso de obras científicas o técnicas y aun, siendo elásticos, para toda literatura que Thomas de Quincey llama "de conocimiento", es decir la que persigue enseñar (9). En otros tipos de obras, la captación es intransferible empresa personal. En realidad las reducciones y los resúmenes tienen gran uso para fines de estudio. El lector que recurra a ellos puede tener bastante seguridad de que encontrará el aspecto del pensamiento

6. Salinas, El defensor.

7. Id., id.

8. Ruskin, Sésamo y azucenas.

9. Salinas, op. cit.

del autor que ha sido entendido y aprovechado por la colectividad, pero no pretenderá, por ejemplo, hallar un reflejo de la integridad prístina, del pensamiento del genio, pleno de sugerencias y vislumbres de exclusiva captación y deleite personal.

El fantasma del tiempo estrecho ha tratado también de neutralizarse, estableciéndose normas para acelerar el proceso de la lectura. Un profesor de la Universidad de Columbia publicó en E. U. un libro: "Cómo leer de prisa". En él, aconseja normas para leer con rapidez distintas clases de libros. Con esta tendencia de lectura veloz, se limita la rica experimentación de vivencias personales durante el proceso, al volverlo un trajín mecánico, ciego perseguidor de eficiencia. Se crea una absurda competencia con el tiempo para obtener un máximo de información de dudosa comprensión. Si es deseable un mejoramiento en la velocidad de lectura, además del que viene con la práctica continuada—deseo cuya sensatez es muy discutible—, éste debe buscarse con extrema moderación, sin afectar el proceso esencial de la lectura.

El problema de seleccionar las lecturas, lo suele delegar el público en E. U. a entidades "especializadas": los clubes de lectores. Estos clubes, por una suscripción, envían periódicamente a sus asociados obras, que son elegidas invariablemente entre las de la producción bibliográfica actual; vale decir, que remiten los libros de moda, de manera parecida a como las disqueras esparcen por todo el país las melodías "del momento". Estos clubes con su función, reducen para millones de personas el mundo bibliográfico a un trivial recinto artificial y les atrofian su cualidad selectiva.

La crítica literaria, que debería ser lapidadora de los malos libros y en general orientadora del público en el campo de la literatura contemporánea, es por el contrario un agravante para el desconcierto de la gente que quiere discriminar. Salinas⁽¹⁰⁾ señala como primer defecto de la crítica norteamericana, su falta de responsabilidad. Relata como caso ilustrativo el hecho de que una revista en sus reseñas de libros adjudicó durante 12 meses consecutivamente a 43 novelas el calificativo de "mejor del año". Por otro lado, la alta subjetividad y relatividad del valor de las apreciaciones se hace patente al encontrarse frecuentemente que las de distintos críticos son completamente contradictorias. La explicación de todas estas deficiencias está en la improvisación de los críticos o en el ejercicio ocioso de su labor "profesional", sin la elemental sensibilidad. Así se tiene que la crítica literaria en Norteamérica es un caos de opiniones, con valor equívoco para el lector común deseoso de orientación.

Una aberración consistente en aplicar el criterio cuantitativo (de valor técnico, comercial, etc.) al campo intelectual, se manifiesta en la confección de selecciones de obras de la literatura universal, que se difunden entre el público para servirle de pauta en su lectura. Es típico que las selecciones sean en la forma de listas de las "cien mejores obras". De hecho, son imprecidentes por la arbitrariedad del número, pero además reflejan en el criterio selectivo del autor, la subordinación a intereses o prejuicios raciales, idiomáticos, nacionales, etc. Por ejemplo, en la lista que da Mortimer Adler al final de su obra "Cómo leer un libro", de 113 títulos, 43 pertenecen a autores sajones y en cambio no hay un solo autor oriental.

Las obras de referencia, son el medio que junto con la crítica literaria podría servir para orientar al lector en la "selva" de los libros, pero desgraciadamente se prestan mucho más para engrosar el caudal de pseudo ideas del público. Jean Guilton⁽¹¹⁾ señala que si uno se dejara engañar por la manera

10. Salinas, Op. cit.

11. Guilton, El trabajo intelectual.

de hablar sobre autores y libros de un individuo de cultura media, pensaría, por la familiaridad con que trata a los de diversas épocas y lugares, que ha leído mucho más de lo que en realidad ha hecho. Pues bien, esta falaz impresión se explica por las referencias. Vivimos en la época de auge de las obras de referencia —de los más variados temas, enfoques y matices— y de los libros-comentario. Las obras de referencia hacen enorme abstracción, generalización y síntesis de los hechos más importantes de los libros, la literatura, la cultura. Los libros-comentario presentan también los datos esenciales de un personaje o un movimiento; los acompañan con las opiniones más características que han despertado, y a través de toda la obra martillan su propia opinión, que es la que acaba por posesionarse del lector desprevenido. Para la gente común, estos libros tienen la ventaja sobre los originales de que son más fáciles y “entretenidos” y dan mayor información.

Como se ve, en casi todas las tentativas hechas por simplificar para el público el problema del libro, se puede encontrar una finalidad original plausible. Nadie puede negar el provecho de los resúmenes y aun las adaptaciones —de obras científicas— para una fase del estudio, actividad que se presenta en todo hombre verdaderamente culto. Y menos se puede dudar del valor de los buenos libros-comentario o de las obras de referencia serias, imparciales y elevadas. Estas, sobre todo, representan la quintaesencia a la cual mediante el trabajo científico colectivo y la técnica se ha podido llegar en nuestra época. Pero, ¡cuán pocos son quienes pueden calar en el significado verdadero de estas ayudas y utilizarlas rectamente! Para la mayoría de la gente, lo que es un puesto de atalaya construído para dominar de un solo vistazo gran parte del terreno de la cultura, aparece sólo como una tosca plataforma sobre la cual pueden encaramarse para sentirse conocedores de un terreno que jamás han hollado. Las ayudas que los intelectuales se han forjado para enfrentarse al problema del libro, figurándose vivir en una sociedad culta, al caer en manos de la masa se han transformado y lo han agravado. El hombre común, sea que siente el mandato heterónimo o autónomo de leer o de aparentar que lo hace, abrumado o angustiado, siempre incapaz y desorientado, frente al “monstruo” de los libros, tiene que recurrir a intermediarios. No le importa la calidad del intermediario ni de la ayuda que éste le ofrece —crítica literaria, clubes de lectores, listas, consejeros etc.— pues él, en definitiva, no puede actuar directamente.

De este modo el problema del libro que Ortega y Gasset presenta en sus líneas fundamentales desde el ángulo filosófico e histórico, al aproximarse un poco más a la vista, aparece extraordinariamente complicado debido a la adición de las tentativas infructuosas hechas para solucionarlo.

II.— DESARROLLO DEL PROBLEMA DEL LIBRO

4.— *Móviles que llevan a la gente hacia los libros*

Bertrand Russell (12) afirma que el hombre actual se acerca a los libros por uno de dos motivos: disfrutar de ellos o jactarse por ellos. Luego destaca que este último es el móvil predominante en Norteamérica, donde, mediante los clubes de lectores y otros recursos —examinados anteriormente—, la lectura —o algún conocimiento de títulos y autores— ha tomado las características de un fútil juego de vanidad. Este fenómeno resulta explicable desde que ya se ha se-

12. Russell, Diccionario del hombre contemporáneo.

ñalado la ignorancia y superficialidad que priman en la actitud de la mayoría de la gente hacia los libros. Parece que ella solamente "supiera"— por la Educación— que el libro es algo bueno, elevado, emparentado en la forma más cercana con la cultura —palabra, ésta, la de mayor contenido mágico en la sociedad actual— y automáticamente lo hiciera entrar en la ciega competencia social. Una publicación especializada francesa (13) señala que, a grandes rasgos, los motivos de atracción de los libros para el público se sitúan en tres renglones: instrucción, distracción u obtención de alguna ventaja. En esta división se individualiza el propósito de instruirse, separándolo de los fines utilitarios. Aunque la línea divisoria en la realidad, en este caso es tenue, parece acertada la separación por cuanto el propósito de instruirse funciona no sólo dentro sino también fuera de la que ha sido llamada "educación libresca" (14).

Lo que ahora se persigue aquí, indagando por los móviles de la lectura, es precisar los factores que dirigen el interés del público hacia los libros, con el objeto de entrever el significado real que éstos tienen para él. Pero las dos opiniones vistas parecen ser todavía demasiado generales y vagas, para dar elementos de juicio conducentes a sintetizar un concepto tan importante.

En cambio, una encuesta, realizada en Norteamérica, sí puede proporcionar material aparente para ahondar en los intereses del público hacia los libros (15). Según esta investigación, algunos de los propósitos predominantes en la lectura libre de los adultos son los siguientes:

1. Mantenerse al corriente de los sucesos actuales (además, para un fuerte sector, estar al tanto del desenvolvimiento de los negocios o profesiones).
2. Aprender más acerca de acontecimientos o problemas de extraordinario interés.
3. Conocer la opinión ajena sobre los problemas cívicos, sociales, industriales.
4. Ampliar el horizonte de la información.
5. Mantener la mente estimulada con pensamientos importantes.
6. Descubrir vastas perspectivas en la vida.
7. Asegurar placer dentro de las horas de ocio.
8. Satisfacer la curiosidad.
9. Descubrir la verdad.
10. Defender intereses de clase.

La encuesta ha sido masiva y a ello, en primer lugar, se debe cualquier sorpresa que causen sus resultados (por ejemplo, la heterogeneidad de los propósitos). Estos, evidentemente, no están convenientemente analizados, ni siquiera relacionados lógicamente. Parece que se presenta solamente un elemental análisis cuantitativo (selección de los factores más frecuentes) de los resultados en bruto. Sin embargo, para tener una visión ilustrativa de la realidad, esta información basta. En primer lugar, hay que advertir —aunque se capta al examinar los datos— que los encuestadores no han diferenciado —según ellos mismos dicen— como objetos de lectura los libros de las publicaciones periódicas, lo cual se ha hecho indudablemente porque refleja la concepción y práctica del público.

Estos propósitos que evidencia la gente en la lectura brindan una pauta firme para deducir el valor real que tiene para ella el libro. En ellos aparecen características generales de cotidianidad o estrechez temporal, de utilidad y de

13. Instituto Internacional de cooperación intelectual, *Rôle et formation du bibliothécaire*.

14. Shipley, *Op. cit.*

15. Monroe, *Enciclopedia de educación científica*.

trivialidad, las cuales determinan preponderantemente la configuración de este valor. No es necesaria mayor formalización para comprobar la enorme diferencia que existe entre el significado del libro que de aquí se desprende y aquel teórico que la educación y la literatura actuales presentan. Se espasme la idea de que "el libro es lo más perfecto del hombre" (16) y se le eleva a campos de intemporalidad, espiritualidad, desinterés, que resultan incompatibles con la mayor parte de las miras que la gente tiene al recurrir a él. El concepto teórico del libro no coincide ni se coordina visiblemente con su realidad práctica actualmente, o, en todo caso, sólo refleja una parte mínima de ella.

Pero tanto las facetas del libro que nos ofrecen la teoría como la práctica son exageradas. A toda persona medianamente culta deben haberle llamado la atención algunos de los propósitos predominantes en la lectura del norteamericano adulto. Mas, en parecida forma, afectan al buen sentido las consideraciones idealistas y absolutas sobre el libro, de fácil degeneración en charlatanería, que los mismos libros mantienen en boga.

Para llegar al significado verdadero que tiene el libro en la actualidad, es necesario prescindir de sus contrapuestas imágenes teórica y práctica vigentes y abocarse a recorrer —aunque sea someramente— su trayectoria histórica.

5.— *Evolución histórica del significado del libro*

Los primeros libros de la humanidad son los llamados "libros de libros", es decir creaciones colectivas de pueblos antiguos en las que éstos intentan explicar su origen. También se les llama libros de las "gonías" por este hecho, ya que muestran sus teogonías, cosmogonías y antropogonías - sus versiones del origen de la divinidad, del universo y del hombre.

Los "libros de libros" constituyen el logro máximo de las primeras religiones de la humanidad. En ellos se pretende dar una visión total de la realidad —sensible e intuible— y establecer normas para el comportamiento del hombre. Su cuerpo está dado por la fantasía colectiva —el mito o la leyenda— y desarrollan argumentos simbólicos de profunda trascendencia humana. En la civilización egipcia se encuentra los "Textos de las pirámides", los "Textos de los sarcófagos" y el "Libro de los muertos", todos —los tres muy parecidos— que denotan la peculiar fijación de este pueblo en la idea de la muerte y el mundo de ultratumba. En la civilización asirio-babilónica se encuentra dos grandiosas epopeyas: el "Enuma Elish" y la "Epopeya de Gilgamesh". A la primera también se le conoce como "Poema de la creación", porque en uno de sus episodios se presenta la creación del universo por el dios local Marduk. La "Epopeya de Gilgamesh" desarrolla la vida de este héroe o semidiós y sus peripecias por obtener la inmortalidad, y su gran mensaje es la imposibilidad del hombre de obtener la vida eterna. Los Vedas —Rig Veda, Atharva Veda, Sama Veda, Yajur Veda, principalmente— constituyen el ciclo literario más antiguo de la literatura indoeuropea (2,500-500 AC) (17) aunque son posteriores a las creaciones ya citadas. El Rig Veda, que es el más antiguo, tiene como argumento el hecho histórico de la invasión de los arios a la India y traza el desenvolvimiento de la religión védica. Algunos "libros de libros" de elaboración posterior son el Avesta, la Biblia, el Corán.

Aunque es indudable que la primitiva urdimbre de todos estos libros, como leyendas, se remonta a la formación de remotos pueblos, es interesante destacar que su plasmación como tales es más o menos simultánea con la de los

16. Enciclopedia universal ilustrada Europeo-Americana.

17. Libros en el tiempo.

primeros libros individuales. En el antiguo Egipto, las "Enseñanzas de Ptahhotpe"—normas morales para el bien vivir— datan del siglo 26 A.C. que es cuando se sabe vivió este personaje (18). La fama del autor y su obra fue muy grande, pues perduró firme por más de 20 siglos (19). A la elaboración de los "Textos de las pirámides" se le atribuye similar antigüedad (5ª dinastía, S. 26 A.C.) y éste es el "libro de libros" egipcio más antiguo (20). Las "Inscripciones de Gudea" datan del siglo 24 A.C. y fueron mandadas grabar por este príncipe sumerio, con el objeto de recordar la vida religiosa de la ciudad de Lagasch (al sur de Babilonia), especialmente la construcción de templos. La "Tabla de Anittas" (S. 20 A.C.) fue hecha por mandato del rey del imperio de Hatti de este nombre. En escritura hitita y en forma de carta, el monarca narra los pormenores de su reinado, sus hazañas bélicas y aun abunda en datos autobiográficos.

Con lo expuesto, se puede apreciar que en los libros más tempranos de la humanidad ya había variedad de tipos. Concretamente, se puede diferenciar libros que dan una perspectiva grandiosa de la eternidad y que se ocupan de los problemas invariables que acompañan a la existencia humana, y en el otro extremo, libros que pretenden perennizar lo finito y cotidiano en su intrascendente y relativa singularidad, engañados por el fugaz resplandor del presente.

Más adelante, en las civilizaciones griega y romana, inmediatas antecesoras de la actual, se puede notar también dos grandes órdenes en los libros y en la lectura. Un pequeño porcentaje de la población total—pues había esclavos y clases sociales con limitados derechos— tenía en la lectura la preparación para la ciudadanía (21). Para esta gente, el motivo cultural estaba estrechamente vinculado al utilitario, pues la cultura adquirida era requisito indispensable y afianzaba su situación social de privilegio. Todo un grupo recibía el legado cultural del pasado, pero pocos hombres eran los que lo entendían, amaban y aprovechaban verdaderamente. Seguramente esta restricción era el producto negativo, aún en pequeña escala, de la incipiente modalidad obligatoria del aprendizaje cultural. Había, en consecuencia, una lectura obligatoria y una lectura optativa (no existía la lectura-placer en los grados inferiores que hoy se practica). Para comprender la razón de ser de la lectura optativa de entonces—y de siempre, para quienes la comprendan—, nada parece mejor que buscar en Séneca (65 AC-4) su exposición:

Sólo gozan de la quietud aquellos que se desocupan para admitir la sabiduría y sólo ellos son los que viven, porque no sólo aprovechan su tiempo, sino que le añaden todas las edades, haciendo propios suyos todos los años que han pasado, porque aquellos clarísimos inventores de las sagradas ciencias nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida: con trabajo ajeno somos adiestrados al conocimiento de cosas grandes, sacadas de las tinieblas. Ningún siglo nos es prohibido; a todos somos admitidos, y si con la grandeza de ánimo quisiéramos salir de los estrechos límites de la imbecilidad, habrá mucho tiempo en qué poder esparciarnos. Podremos disputar con Sócrates, dificultar con Carneades, aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la inclinación humana, adelantarla con los cínicos, y andar juntamente con la naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Cómo, pues, en este breve y caduco tránsito del tiempo no nos entregamos de todo corazón a aquellas cosas que son inmensas y eternas y

18. Diccionario Literario, de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países.

19. Pirenne, Historia de la civilización del antiguo Egipto.

20. Diccionario literario.

21. Monroe, Op. cit.

se comunican con los mejores?. Sólo están detenidos en verdaderas ocupaciones aquellos que precian tener continuamente por amigos a Zenón, Pitágoras, Demócrito, Aristóteles. Ninguno de éstos está ocupado; ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí a quien viniere a comunicarlo; ninguno de ellos consentirá que los que los comunicaren salgan con las manos vacías; éstos a todas horas, de día y de noche, se dejan comunicar de todos; ninguno de ellos te forzará a la muerte y todos te enseñarán a morir. Ninguno hollará tus años, antes te contribuirán de los suyos. Ninguna conversación suya te será peligrosa; no será culpable su amistad ni costosa su veneración. ¡Qué felicidad y qué honrada vejez al que se puso bajo la protección de éstos! Tendrá con quien deliberar de las materias grandes y pequeñas, a quien consultar cada día en sus negocios y de quien escuchar verdades sin injurias ni alabanzas. Solemos decir que no estuvo en nuestra potestad elegir padres, habiéndonoslos dado la fortuna; con todo eso, habiendo tantas familias de nobilísimos ingenios, nos viene a ser lícito nacer a nuestro albedrío. Escoge a cuál de ellas quieres agregarte que no sólo recibirás el apellido sino también aquellos bienes que no son para guardarlos con malignidad y bajeza, sino de aquellos que más aumentan cuanto más se reparten. Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad, elevándote a una altura de la cual nadie puede ser derribado. Sólo este medio hay con que extender la mortalidad, o para decirlo mejor, para convertirla en inmortalidad. Sólo a la sabiduría es a quien no se puede hacer injuria. Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud; no la estrechan los términos que a las de los demás; él sólo es libre de las leyes humanas; se sirve de todas las edades, como Dios. Es muy corta y llena de congoja la vida de aquellos que olvidan lo pasado, no cuidan lo presente y temen lo futuro y cuando llegan a sus postrimerías, conocen tarde los desdichados que estuvieron ocupados mucho tiempo en hacer lo que en sí es nada⁽²²⁾.

Al lado de los hombres cultos o sabios de esa época y de los hombres obligadamente culturizados que vivían encandilados por el presente, existía otra categoría de lectores —creada también por la culturización obligatoria— pequeña pero muy interesante, por la proyección amplificadora, que tendría en un futuro distante. “[Son] los que se ocupan en estudios de letras inútiles. Fue enfermedad de los griegos averiguar qué número de remeros tuvo Ulises, cuál se escribió primero La Ilíada o La Odisea, si ellas son obras del mismo autor, y otras impertinencias más, que calladas no ayudan a la conciencia y dichas no dan opinión de más docto sino de más enfadoso. ¡Cómo se ha ido apoderando de los romanos la inútil curiosidad de aprender lo no necesario! Hay cosas cuya noticia no mira a la gloria verdadera, pero por tocar sus ejemplos en materias civiles, su conocimiento nos deleita con una gustosa vanidad. Fabiano dudaba si era mejor no ocuparse en algunos estudios o embarazarse con ellos”⁽²³⁾.

Como se ve, el fantasma penoso de la erudición árida e insensata y de la cultura superficial —del conocimiento superfluo—, con su secuela de calamidades, se asomaba a la cultura occidental en vísperas de la era cristiana.

La Edad Media significó un estancamiento —no necesariamente desventajoso para la civilización— de la cultura. Ya es típica la figura de que entonces la cultura se refugió —o fue secuestrada— en los conventos. Ni los nobles caballeros ni los villanos sabían leer⁽²⁴⁾. La lectura la realizaban intensamente unos pocos enclaustrados, acuciados por una preocupación metafísica y religiosa. Fue en este período que se asimiló la cultura greco-romana.

22. Séneca, “De la brevedad de la vida” (resumen de caps. XV y XVI).

23. Séneca, *Op. cit.*

24. Seignobos, *Historia sincera de la nación francesa.*

Aunque cronológicamente muy posterior al medioevo, Nicolás Jamin (1711-1782), seguramente por ser religioso, refleja en sus consideraciones sobre la lectura⁽²⁵⁾ muchas opiniones que probablemente tuvieron plena vigencia en la Edad Media. Este escritor ascético francés estima que hay seis razones fundamentales para practicar la lectura: 1ra. Divertir el tiempo cuando faltan las ocupaciones; 2da. Suspender al lector en el sentimiento de las penas que ordinariamente acompañan a la vida humana y consolarse con los muertos de las pesadumbres que se pueda recibir de los vivos (por esto se han dedicado a leer y escribir muchos grandes hombres); 3ra. Salvar el accidente del espacio entre seres humanos distantes; 4ta. Salvar el accidente del tiempo entre las distintas edades; 5ta. Romper la ignorancia; 6ta. Abrir los ojos sobre el verdadero valor de las cosas del mundo cotidiano.

En las razones de Jamin se encuentra la concepción de la lectura como refugio frente al mundo exterior, éste de doloroso contacto y de existencia intrascendente.

Desde el Renacimiento (s. 15 A.C.), poco antes de la invención de la imprenta, aparece el libro en su forma que le conocemos en la actualidad, según Ortega y Gasset⁽²⁶⁾. Este libro "no pretende ser código ni revelación": es simplemente la obra de un hombre instruido cualquiera. El hecho coincide con el movimiento humanista, que vuelve la atención, hacia los valores propios del hombre y los reivindica de su postergación durante el Medioevo.

En el lapso en que el libro fue afán individual, conservó cierta autenticidad; pero en cuanto se convirtió en objeto de algún interés social, en negocio y en cuestión de vanidad, su valor y autenticidad comenzaron a declinar. La difusión de la imprenta fue el principal factor que posibilitó el surgimiento del interés social por el libro, pues antes de ella era "más raro y más caro que las piedras preciosas" al decir de Voltaire⁽²⁷⁾.

En el siglo XVIII, en pleno movimiento de la Ilustración, el interés social por los libros era ya bastante marcado. Voltaire (1694-1778), en su "Diccionario Filosófico", proporciona una visión de lo que entonces, como consecuencia de ese interés, sucedía:

"Los libros gobiernan todo el universo conocido, menos las naciones salvajes. . . En (estos) libros, sucede como en los hombres, un insignificante número de ellos representa un gran papel; los demás se pierden en la multitud. . . Nos quejamos de tener exceso de libros; pero no debemos quejarnos, porque nadie nos obliga a leer; es escasísimo el número de individuos que leen, y si leyeran con fruto, ¿se dirían las deplorables tonterías que hoy llenan la cabeza del vulgo? . . . Lo que multiplica los libros es la facilidad que hay para escribir otros, sacándolos de los ya publicados. Todas las historias, todos los diccionarios, las geografías, se escriben sobre otros similares".

Jamin, por su parte, si bien en un sector de sus opiniones reflejaba un criterio imperante varios siglos atrás, conocía en cambio su época lo suficiente como para percibir un defecto que cundía entre sus contemporáneos ilustrados:

"Grande en los hombres de la antigüedad el amor por la lectura, no tenían, como los sabihondos de nuestro tiempo, aquella presunción y vanidad de creer que todo lo saben, sin necesitar de las luces de los antiguos, y que se bastan a sí mismos".⁽²⁸⁾

25. Jamin, Antídoto contra los malos libros o tratado de la lectura cristiana.

26. Ortega y Gasset, Op. cit.

27. Voltaire, Op. cit.

28. Jamin, Op. cit.

Como si tuviera un sino paradójico la cultura, que en cuanto trata de ser difundida infunde una nefasta suficiencia a la época, desvinculándola del pasado y anquilosándola.

Voltaire y Jamin muestran el panorama de los libros y la lectura durante un período en el que se intensificó el interés de la sociedad por ellos. Se aprecia que el panorama es típico, puesto que es parecido al de la actualidad, aunque éste se encuentre desmesuradamente ampliado y complicado por los fenómenos de la ciencia y la técnica.

John Ruskin (1819-1900) es quien mejor ha definido el libro, con un criterio que, pese a los grandes cambios que ha traído este siglo, conserva vigor. Para él ⁽²⁹⁾, todos los libros son divisibles en dos clases: los de siempre y los del momento. Los del momento, son "propiedad peculiar de la edad presente" (pueden ser agradables, humorísticos, útiles, etc.). Pero, aun, se hará el peor uso de ellos si se les permite ocupar el lugar de los libros de siempre, que son los verdaderos. Cualquier libro se puede leer —y hasta aprovechar— pero lo principal es contemplar luego si es digno de conservarse. El libro verdadero se escribe con deseo de permanencia, no de mera comunicación. Los otros libros sólo son eficaces sustitutos del lenguaje hablado, que tiene limitaciones insalvables. El autor del verdadero libro tiene algo que decir que percibe como útil o bello; sabe que nadie lo ha dicho aún y cree que nadie puede decirlo. Al escribir, expresa algo así como la cantidad de luz del sol que le ha sido permitido apoderarse aquí en la Tierra. Se siente obligado a sacarla de sí y fijarla. Al hacerlo, dice a la humanidad: "esto es lo mejor de mí; por lo demás, yo he vivido como los otros en todos los aspectos. Mi vida va a desaparecer, pero esto lo he sentido y lo conozco. Esto, si hay algo de mí que lo sea, es digno de vuestra memoria". Hay muy pocos hombres que pueden dejar libros verdaderos. Más aún, a menos que se trate de una persona verdaderamente singular, no se puede esperar que un individuo tenga pensamientos auténticos ni derecho a opinión.

Walt Whitman ⁽³⁰⁾ opina en forma semejante respecto a los libros. Para el gran poeta norteamericano en todas las edades hay dos clases de libros: menos de medio centenar de "obras típicas, originales y representativas, distintas a todas las anteriores y encarnando en sí mismas sus propias y principales leyes y razones de ser" y otras, innumerables, que son sólo irradiación de las anteriores.

Ruskin es un aristócrata rotundo; pero por el momento se puede hacer abstracción de su pesimismo sobre la capacidad intelectual ordinaria del ser humano y aprovechar exclusivamente el esclarecimiento que hace en el concepto del libro. Es muy atinado diferenciar los libros con características que les dan valor permanente, atemporal, de los que solamente tiene una finalidad comunicativa inmediata. Pero se debe aclarar que los pocos de la primera categoría solo tienen un valor permanente relativo, ya que —como dice Ortega y Gasset— toda obra humana participa de las circunstancias y al cambiar éstas —en un lapso determinado— queda incompleta. A la división que hace Ruskin, todavía se le puede agregar otra categoría: la de los libros falsos o malos de los que habla Ortega. Estos, por supuesto, únicamente pueden localizarse entre los del momento, reconociéndose por ser inaprovechables o sin sentido.

En la última etapa de la trayectoria histórica del libro, (siglos 19 y 20 especialmente), se encuentra que el interés que ha tomado la sociedad por él es máximo. Se ha decretado la ilustración de las masas; es decir, se intenta incorporar a la cultura a todos los individuos mediante la lectura. Como colosal recurso, la sociedad cuenta para este fin con la técnica, la que ha impulsado gran-

29. Ruskin, *Sésamo y azucenas*.

30. Whitman, *Clases de libros*.

demente a la industria editorial y a las actividades bibliotecológicas. Bostwick ⁽³¹⁾ dice que, para cumplir su nueva función social, el concepto de "biblioteca" —se refiere principalmente a la pública— ha tenido que cambiar tanto como el concepto de "buque" o "lámpara" en los últimos tiempos. Kreibohm ⁽³²⁾, en ejemplo elocuente, equipara al libro actual con el arado y la vivienda, como factores de cultura. La reciente ciencia de las comunicaciones estudia la comunicación humana y sus diferentes medios, considerando a ésta como el "traslado de una determinada complejidad desde un punto a otro del espacio-tiempo". ⁽³³⁾ El libro es para ella un medio de comunicación más, agrupado al lado de la prensa, el cine, la telegrafía, la telefonía, los discos, las máquinas electrónicas, etc. Esta definición es tal vez la más clara que se puede tener sobre el concepto del libro actual. La "complejidad" que el libro traslada mayormente es de índole cultural, porque sus características lo hacen más apto para ello (por eso es el instrumento principal de la ilustración masiva), pero también traslada mensajes diversos, algunos de contenido tan distante de las zonas tradicionales de la cultura que ciertamente en otra época hubieran sido considerados indignos de ocuparlo.

El concepto actual de libro corresponde indudablemente al de los libros del momento. Y aun, se puede precisar que se le asigna dos grandes funciones: la primera, divulgar entre todos los individuos de la sociedad las zonas tradicionales de la cultura (ilustración); la segunda, comunicar mensajes variados, necesarios para la marcha de la sociedad, en su mayoría ubicables bajo los amplios rubros de la ciencia y la tecnología. El libro actual tiene un valor subordinado estrictamente a la utilidad colectiva; es un instrumento de la sociedad de masas. Este concepto del libro es el que rige en la práctica social de la lectura y el que se trasluce, por ejemplo, en los resultados de la encuesta norteamericana examinada. A la luz de los elevados fines de perfeccionamiento individual que en épocas pasadas mayormente se buscaba en los libros, los propósitos que hoy llevan a ellos pueden parecer ínfimos y hasta ridículos. Sin embargo, hay que considerar que el libro ha dejado de ser objeto del campo individual para pasar al campo de las multitudes, y, en consecuencia, las relaciones que con él se tiene deben juzgarse dentro de un nuevo ámbito, completamente distinto al que enfoca el comportamiento individual: la sicología de las multitudes.

Gustave Le Bon ⁽³⁴⁾ afirmaba, hace más de medio siglo, que la sociedad occidental se estaba transformando en una sociedad de masas; el vaticinio es ahora, en gran parte, una realidad. La sociedad de masas se ha posesionado del libro y lo ha modificado y lo trata en la forma que más acomoda a sus características psicológicas. Se sabe que la masa es un conglomerado de individuos, en el cual, no obstante, desaparecen las individualidades, y los potenciales intelectuales, en vez de sumarse, se anulan recíprocamente, originando un bajísimo nivel intelectual. Una afectividad elemental es lo que guía a la masa; sus actos son mecánicos, casi ciegos. Todas las funciones síquicas superiores —sentimientos y vivencias de alguna complejidad— desaparecen. Lo que predomina en ella es un fondo común de animalidad, irreflexiva pero bastante amaestrada por milenios de civilización ⁽³⁵⁾.

Conociendo estos rasgos de las multitudes, se puede entender bastante la degradación que en su poder ha sufrido el valor del libro. Por otro lado, la explicación que se podría dar sobre la frecuencia con que aparece en la teoría un

31. Bostwick, La biblioteca pública en los Estados Unidos.

32. Kreibohm, Presencia del libro.

33. Teoría de la información.

34. Le Bon, La psicología de las multitudes.

35. Id., id.

concepto contrapuesto al actual del libro, —muy superior— es la de que constituye en parte una medida propagandística excelente para la ilustración libresca y también una exageración que da la impresión de aumentar el valor de la conquista del libro por la colectividad.

En realidad, la perspectiva del libro está trunca. Se ha perdido la visión del “libro de siempre”. Al modelarse un instrumento en el libro, se le ha mutilado. Afortunadamente, la valoración suprema del libro persiste en algunos individuos que consiguen marginarse de la absorbente multitud. José Enrique Rodó dice (36): “hay libros de los que se puede preguntar ¿Qué sentirán leyéndolos los hombres del futuro?, como se puede indagar por las nuevas sensaciones que despierten una puesta del sol, el mar o la montaña”. Es por estos hombres y por estos libros que la época actual, en su esencia, se hermana con el pasado y entreteje el porvenir, manteniendo insoluble la continuidad de la trayectoria humana.

6.— *El libro como instrumento cultural de la sociedad actual.*

Acéptese que el libro es un instrumento de la sociedad de masas. De las dos funciones que cumple, está claro que la primera —divulgar la cultura básica— es, si no absolutamente anterior, por lo menos condicionante de la segunda— comunicar mensajes culturales necesarios para la marcha social. Es representando su primera función que al libro se le considera hoy instrumento cultural. Ahora bien, para juzgarlo en esta función, una aproximada visión del tipo de cultura que al libro se le hace difundir, la puede proporcionar, no la culturología, la sociología ni la filosofía actuales, sino el bibliotecario, que es el inmediato encargado y responsable de manejarlo como instrumento. El valor social del libro está supeditado en última instancia al concepto que de él tenga el bibliotecario.

Según los dirigentes del movimiento bibliotecario mundial (37), existen dos grandes corrientes culturales en la época: la de especialización intensiva y la que hace converger el conocimiento de toda especie, simplificado, a la masa. Para las dos corrientes, hay también dos clases de libros, los científicos y los populares o de divulgación, y existen asimismo, dos clases de bibliotecas: de estudio y de vulgarización. Es saltante que en esta concepción bibliotecaria no está representada toda la cultura. Se ignora completamente la literatura y toda aquella inmensa cantidad de manifestaciones culturales, de todos los tiempos, que la ciencia no ha cubierto aún completa o debidamente, como son la religión, el arte, la moral, etc. La concepción de cultura de los encargados de difundirla adolece de un defecto que refleja justamente uno de los grandes problemas culturales de esta época: aislamiento y desubicación con respecto al pasado. Se vive la “era de la ciencia” y se pretende que con ésta se abarca también todo lo que siempre ha sido patrimonio cultural de la humanidad. Es decir que existen quienes creen que en el presente se retrotrae todo el bagaje cultural de la humanidad para asimilarlo con la modalidad de ciencia. Ciertamente, una tendencia científica actual es ésa; pero de allí a que la meta sea una realidad dista mucho. Aquella meta sería el ideal de una humanidad ya iniciada en el camino de la perfección, que hubiera incorporado a esquemas exactos sus conocimientos y experiencias milenarios y que los dominara racionalmente. Existen hoy solamente infinidad de disciplinas que tocan campos hasta hace decenios vírgenes para la ciencia: sicología de la religión, del arte; el psicoanálisis aplicado a las más variadas ac-

36. Rodó, El camino de Paros.

37. Instituto Internacional de Cooperación intelectual, Rôle et formation du Bibliothécaire.

tividades humanas; la sicología social y la sicología comparada, extraordinariamente desarrolladas, por ejemplo. Como se aprecia, las nuevas disciplinas científico-culturales importantes, verdaderamente esclarecedoras, parten de la comprensión del hombre — creador de la cultura— para entender desde él los mecanismos que funcionan en las más variadas actividades culturales. Pero los mismos investigadores del alma humana y sus manifestaciones advierten que sus tentativas científicas son mayormente rudimentarias y provisionarias — Jung (38), por ejemplo demuestra constantemente, directa e indirectamente, que en las doctrinas religiosas del Oriente hay grandes filones intactos para la psicología.

Se puede decir que en la actualidad está operándose un proceso colosal de cientificación de la cultura, cuya meta es el ideal positivista. Aunque esta transformación de la cultura de todos los tiempos en ciencia actual esté llevándose acertadamente y sea posible —lo cual es la opinión ortodoxa— es incontrovertible que aún no es una realidad. Por lo tanto, la identidad ciencia-cultura, que se pretende hacer, es equivocada, por insuficiencia de la primera.

Schopenhauer (39) dice que la vida de una generación es muy corta para abarcar todo el saber humano y que por eso, en un momento histórico dado muy poco del saber humano se encuentra vivo en los cerebros de los hombres y en los libros que ellos escriben. Esta es una idea con resonancia de verdad que no se puede soslayar para estimar el valor cultural de la ciencia actual, que es obra de tres o cuatro generaciones. El filósofo alemán va más adelante al afirmar que lo distintivo de una época son sus errores, pues lo cierto es siempre semejante, con lo que hace tambalear todas las seguridades de los habitantes de esta “era científica”.

Hay un solo hecho, comprobado por la misma ciencia (40), que es argumento contundente sobre su relativo valor cultural. Casi todos los científicos, aun los más brillantes, mantienen durante toda su vida las ideas fundamentales que adquirieron en su niñez. Este detalle demuestra que un mínimo de su constitución intelectual y espiritual ha evolucionado, mientras que sus estructuras elementales permanecen inertes y pasivas, fieles al molde vulgar que les fue tempranamente impreso. Schopenhauer también percibió esto: “dada la extensión de las ciencias, para hacer en ellas algo útil, se debe tomar una sola rama y en todo lo demás se forma parte intelectualmente del vulgo” (41).

En resumen, la ciencia no es equivalente a la totalidad de la cultura, y menos a sus zonas esenciales— eminentemente espirituales. No obstante, las bibliotecas y los libros en su misión ilustrativa, buscan divulgar sobre todo aquélla. Aquí puede estar una de las causas principales del fracaso transitorio de la ilustración masiva. Pero esta equivocación además afecta la conservación de la cultura, pues como consecuencia de la generalización del criterio bibliotecario al campo editorial, casi todos los libros “culturales” de hoy reflejan la tendencia señalada. Esto hace que aun la gente incorporada a la cultura desde hace varias generaciones vaya perdiendo su nivel. Como anota Valéry Larbaud (42), al abogado que lee de derecho y al médico que de medicina, no se les llama iletrados y sin embargo lo son, porque les falta cultura literaria, artística, filosófica (de las que sus ramas están completamente desvinculadas y las que tampoco se adquieren, generalmente, en las ligeras lecturas de distracción). Y para los hombres ávidos de la verdadera cultura la búsqueda del alimento es problemática, pues sólo

38. Jung, *Lo inconsciente en la vida psíquica normal y patológica*.

39. Schopenhauer, *Escritos literarios*.

40. *Encyclopaedia Britannica*.

41. Schopenhauer, *Op. cit.*

42. Larbaud, *Ce vice impuni, la lecture*.

existen muy pocos libros —mayormente los de cierta antigüedad— que se lo pueden ofrecer adecuadamente.

Una mixtificación del contenido que porta, originada por la suplantación o desaparición del legado del pasado, es el defecto del libro actual que lo desvirtúa como instrumento cultural. Afortunadamente, para suplir temporalmente en la lectura este defecto y obtener de los libros la verdadera cultura, una solución práctica es posible: recurrir a los libros del pasado. Mientras que la ciencia no haya llegado a una etapa avanzada en la asimilación sistemática del contenido de ellos, el contacto directo es necesario. No se puede desdeñar los libros “viejos” de cualquier tema mientras no se esté seguro de que los contemporáneos los han aprovechado completamente. Las únicas nociones culturales que cada cierto tiempo “son superadas” (como dice el vulgo) y caducan irremisiblemente quedando sin valor son aquellas de pacotilla que los periódicos y libelos actuales distribuyen. Aristóteles tenía una concepción geocéntrica del universo e ignoraba la circulación de la sangre y Descartes ubicaba el alma en la glándula pineal; sin embargo ambos tienen plena vigencia cultural e incluso son dos pilares de la ciencia actual.

En base al criterio esbozado, se debe pensar en dos tipos de libros como fuente de cultura. En primer lugar los de las distintas ramas de la ciencia que se deben leer con orden y hasta con método, para tomar contacto racional con la cultura, orientarse y formarse grandes esquemas funcionales. En segundo lugar los libros del pasado, los libros “viejos”, que se pueden leer con mucha mayor libertad, llegando a ellos por intuición, simpatía o aun casualidad —esas sorprendentes coyunturas en que se descubre libros o frases “predestinados”— apoyándose solamente en ciertos conocimientos actuales previos. Estos libros serán los que proporcionen la mayor parte de la verdadera riqueza cultural, integrando las concepciones personales. El aprovechamiento que de ellos se haga no será tanto racional, consciente, como intuitivo, inconsciente. No se olvide que la conciencia —y su instrumento, la razón— no es sino una pequeña isla dentro del mar del inconsciente en la sique⁽⁴³⁾, por lo que el enriquecimiento de éste es fundamental. En una fase avanzada, inclusive, el lector culto recurrirá a los libros del presente sólo para mantener una moderada información, mientras que en los libros del pasado —en los “de siempre”— tendrá su auténtico deleite y profundo enriquecimiento. Larbaud⁽⁴⁴⁾ afirma que la línea divisoria entre el lector letrado y el iletrado es la apreciación de la palabra “moderno”, la que para el primero carece de valor. Los iletrados, en cambio, seguirán sus estudios obligatorios, leerán las crónicas literarias, comprarán y ponderarán los libros del momento. El hombre culto supera el impacto del presente y lo ve únicamente como un pequeño episodio de una continuidad.

III.— DESARROLLO DEL PROBLEMA DE LA LECTURA

7.— *La lectura forzosa y la búsqueda de placer en la lectura*

Desde que la escritura es un patrimonio de la sociedad, se ha convertido en un medio fundamental para su existencia, que sirve aun para las más simples e indispensables actividades cotidianas. La Educación se encarga de alfabetizar a todas las personas y de hacerlas pasar por un ciclo sumario de aprendizaje de nociones culturales —la enseñanza primaria— que es obligatorio para todo futuro ciudadano. Como consecuencia de ésta, sucede lo que expresa agudamen-

43. Freud, Introducción a la psicoanálisis.

44. Larbaud, Op. cit.

te Valéry Larbaud: en la sociedad se encuentra a una gran mayoría que sabe leer en la misma forma que sabe, por ejemplo, montar bicicleta y usar el teléfono (45). Ciertamente, la posesión de la facultad de leer como exclusiva habilidad mecánica, no es en manera alguna conveniente, pero se explica por la deficiente orientación de la Educación en su enseñanza y por el posterior uso intenso que se debe hacer de ella en la sociedad, como mero instrumento práctico (diarios y revistas, publicidad, toda clase de gestiones, etc.)

Dice Salinas (46), que en el colegio, no se enseña las primeras letras con sentido, mostrando que reflejan entidades reales. Por el contrario, se limita el proceso del aprendizaje a su fase mecánica, dando un rudo golpe al interés —en embrión— del niño por la lectura. La mejor prueba de que existe este defecto y de que admite poseerlo la Educación, es que en Norteamérica ha tratado de subsanarse con nuevos métodos, entre los cuales está el de Meriam, quien sostiene que el mejor medio de enseñanza a leer es no enseñar formalmente, sino proporcionar solamente a los niños la oportunidad de que pongan en juego ciertas funciones relacionadas con la lectura; siéndoles necesario leer, en alguna forma, para poder aprender, incidentalmente aprenderán a leer (47). Este criterio se opone a todas las modalidades de enseñanza sistemática, pero puede ser la clave para robustecer el natural interés del niño por las realidades escritas y llevarlo paulatinamente a la adquisición de una cabal facultad de leer. En los años posteriores de la enseñanza escolar, se hace tan mal uso de la lectura que frecuentemente se acaba por crear aversión en los alumnos hacia ella. Se ignora que en este proceso el lector debe comportarse en cierta manera activa —creando o recreando— y se obliga, por el contrario, al educando a una monótona actitud pasiva —el “estudio”— que llega a resultar invariablemente tediosa. Por otro lado, el poco cuidado técnico puesto en la disposición y redacción de los textos escolares, los hace por sí poco agradables (por ejemplo, en Norteamérica —y en el Perú también— suelen estar recargados de palabras (48)). Hay además importantes factores que por su sutileza pasan inadvertidos en los textos escolares y que sin embargo son decisivos para el interés del educando por la lectura. Tales son, por ejemplo, la longitud de las oraciones, la cantidad de palabras desconocidas y de pronombres y aun el número de sílabas en una oración (49). Sin embargo, aunque trunca, la facultad de leer es una adquisición cultural que ha hecho la especie humana en el siglo XX. Y como adquisición de la sique, ha tenido que seguir inexorablemente la dirección que impone ésta a todos sus contenidos: la búsqueda de placer (según Freud, la organización síquica humana está constituida para buscar el placer y evitar el dolor, siendo éste, elementalmente, una excesiva excitación nerviosa (50)). Es evidente que, sobre todo en la ciudad, hoy, toda clase de gente busca entretenimiento en la lectura (entiéndase entretener como “hacer menos molesta y más llevadera una cosa” (51)). Aunque la lectura no sea la diversión que practique la gente en sus ratos de ocio, en ciertas situaciones típicas y muy frecuentes de “semi-desocupación” (en el ómnibus, la oficina, las esperas) es virtualmente la única actividad practicable. Lo que más se lee son periódicos y revistas. Es difícil delimitar la extensión de los propósitos de información y entretenimiento que se comparte en la lectura de éstos. En todo caso, es obvio que la cantidad de detalles factuales

45. Larbaud, Op. cit.

46. Salinas, Op. cit.

47. Monroe; Op. cit.

48. Id. id.

49. Id. id.

50. Freud, Op. cit.

51. Diccionario enciclopédico abreviado Espasa-Calpe.

que un hombre puede captar, aunque varía mucho según su interés, es bastante limitada. El resto de la lectura es mero entretenimiento. Un indicio inequívoco de la creciente demanda de entretenimiento del hombre actual está en la transformación del periodismo, que ha ganado difusión al volverse "sensacionalista", poco serio y abundante en material superficial.

Como conclusión, se puede afirmar que lo que autores como Buonocore dicen⁽⁵²⁾, en menoscabo del libro, considerándolo "la mejor defensa contra el tedio", se cumple efectivamente, pero en las modalidades más bajas de éste y para la masa.

8. — *Diferentes grados de la lectura-placer*

Se ha mostrado que la lectura es una fuente de placer para el hombre contemporáneo y se ha visto que para la mayoría proporciona un placer subalterno. Pero éste encierra una extensa gama y, por otro lado, no sólo placeres subalternos se obtienen hoy de ella. Piénsese sucesivamente en los diferentes placeres que proporcionan la lectura de una historieta de Walt Disney, un libelo pornográfico, una crónica social del diario, una novela de amor, un tratado de mecánica automotriz, un documento de un archivo histórico, una obra de moral o filosofía y por último un libro de libros, como el Génesis de la Biblia. Y si se quiere aludir con una figura los extremos de esta gama o escala de placeres obtenidos en la lectura, recuérdese que si bien la masa lee porque debe defenderse contra el tedio, hay algunos hombres que llegan a tener tal inclinación por la lectura que cuando dejan de practicarla los asalta el tedio de la realidad. Kant dijo: "una lectura amena es más útil para la salud que el ejercicio corporal"⁽⁵³⁾. Y Duhamel pretende que "un hombre bien constituido, normalmente constituido, siente la necesidad de leer como la de respirar y beber"⁽⁵⁴⁾. Seguramente en estos lectores pensaba Buonocore al escribir sobre una lectura por "amor invencible al libro"⁽⁵⁵⁾.

El placer es un concepto multivalente. Frente al empleo que se le dé en estas líneas hay que entenderlo como una satisfacción o contento del ánimo, muy variable en intensidad y envergadura. Se sabe que el contacto con el contenido del libro lo provoca; pero este contacto puede ser desde una ojeada superficial hasta una profunda compenetración.

Desde el punto de vista de la axiología⁽⁵⁶⁾, el libro resulta un bien u objeto valioso. La mayor parte de la gente busca en este bien valores sensibles, principalmente los hedónicos (de agrado) y los utilitarios (que son derivados y cuyo análisis no viene al caso). Pero el libro ofrece también valores espirituales, o sea valores lógicos, estéticos, éticos, religiosos. A las satisfacciones estéticas, éticas y religiosas se les puede llamar también placeres, pues el término de ninguna manera se debe mantener confundido con lo hedónico. El problema que se busca resolver aquí es saber si es posible un tránsito directo de la búsqueda de valores sensibles, predominante actualmente, a la de valores espirituales, y en general si es viable una evolución en este campo.

Hasta en las modalidades más bajas del libro que la gente usa para entretenerse, se encuentra valores espirituales, aunque generalmente mediocres o con una presentación estereotipada; pero ellos afectan al lector. Salinas⁽⁵⁷⁾

52. Buonocore, El mundo de los libros.

53. Vicente Vega, Diccionario de frases célebres y citas literarias.

54. Citado por A. Díaz-Plaja, La lectura.

55. Buonocore, Op. cit.

56. Fundamentado en: Hessen, Tratado de Filosofía.

57. Salinas, Op. cit.

considera que el lector actual es un "leedor", parecido al masticador de chicle: hace uso de una función incompleta y logra un placer subalterno. Como dice Aurora Díaz Plaja (58), este lector desconoce el mecanismo espiritual de la lectura. Afortunadamente, la mayoría de libros vulgares no son tan diferentes de aquellos portadores de valores espirituales, como lo es el chicle —jebe camuflado— del alimento. Por ejemplo, el adolescente que lee novelas románticas —y qué adolescente no las lee— compensa con su fantasía la pobreza del material de lectura y logra placeres espirituales intensos, pero muy efímeros y sin huella. El adulto, subdesarrollado espiritual, que también las lee, al poseer disminuidas su ilusión y fantasía, tiene que contentarse con un placer trunco, mediocre sustituto del pasado y sombra minúscula de una realidad que vagamente intuye. De esto se concluye que la gente busca valores espirituales —todo hombre los necesita— en sus lecturas, pero no los consigue en la dimensión adecuada por falta de conocimiento y habilidad para la elección de ellas. Este inconveniente, con una orientación sencilla se puede obviar. En esta forma, un alto porcentaje de personas podría abandonar un tanto —por encontrarla comparativamente pobre— la lectura de placer sensible e iniciarse en el deleite de los valores espirituales que ofrecen algunos libros.

André Maurois (59) traza un sugerente cuadro de los móviles en los grados superiores de la lectura-placer; aunque él no lo especifica, se puede considerar que éstas son etapas estrechamente consecutivas:

"busca de impresiones de belleza, de un despertar y una exaltación de los propios sentimientos, o de las aventuras que la vida niega";

"Amor de encontrar más perfectamente expresadas, en los moralistas y en los poetas, las observaciones que uno mismo ha hecho, las sensaciones que por sí mismo ha experimentado";

"Satisfacción de comprobar, sin estudiar un período definido de la historia, la identidad de los (problemas) humanos a través de los siglos"

Maurois dice que este tipo de lectura es solamente "sano"; parece olvidar que es fundamentalmente nutritivo, ensanchador y vitalizador del espíritu aletargado, piedra de toque para lograr la plenitud humana que pocos hombres ostentan. A continuación, Maurois inicia el esbozo de otro tipo de lectura, que él encuentra distinto de la lectura-placer: la lectura-trabajo. Dice que en ésta "se busca ciertos conocimientos definidos de los que se tiene necesidad para establecer o acabar en el espíritu una construcción de la que sólo se ha entrevisto las grandes líneas". Más lógico parece considerar esta lectura-trabajo como una fase evolucionada, eventual, de la lectura-placer espiritual. Ambas son de la misma especie por su autonomía en la ejecución y ambas se realizan por placer, aunque en la lectura-trabajo se haya mediatizado la consecución de éste. Ambas son necesidades espirituales del individuo, no imposiciones exteriores. Ahora, puede ser que el segundo tipo de lectura no lo alcancen todos los espíritus ni mentalidades, porque implica cierta producción, aunque de variable validez. La mediatización del placer que en cierta etapa hace el lector es muy importante, porque puede incluso transformar la lectura en una vocación. Es el caso de los investigadores. Alfonso Reyes (60) se refiere, como aparente contraposición de la lectura-placer, a la actitud del investigador que recorría vo-

58. Díaz-Plaja, Op. cit.

59. Maurois, Un arte de vivir.

60. Reyes, La experiencia literaria.

lúmenes enteros buscando despejar solamente toda las posibles citas de Ausonio; sin embargo, esta actitud se puede explicar, como un instrumento que le había hecho crear la convicción, la vocación, adquirida precisamente por el mensaje de ciertos libros.

9.— *Necesidad de la lectura autónoma para la aprehensión cultural*

Al encontrarse valores espirituales que el hombre necesita, en el libro, progresivamente desarrolla el espíritu una sensibilidad para ellos. Esta sensibilidad no se crea; ya se ha visto que existe; pero si no encuentra sustento adecuado en el exterior, se atrofia. Los seres humanos no tienen el espíritu tan diferente como para no presentar las mismas necesidades principales (sobre todo en una civilización como la actual, de ambientes homogéneos, que no lo forman muy distintamente). El espíritu de todo joven clama por alimento; pero el joven mismo no sabe qué es lo que tiene en sí y no se explica su inquietud. De los demás, si algunos vislumbran la calidad de las necesidades espirituales, poco pueden hacer por su prójimo, pues en sí mismos tienen otra urgente demanda similar. El hombre acaba por postergar, ignorante, su espíritu y llega a llevarlo como un lastre en su existencia. Casi todas las insatisfacciones y resentimientos recónditos que afloran eventualmente en los hombres maduros y ancianos son probablemente las quejas agrias de sendos espíritus frustrados. Se puede haber tenido todo lo necesario y más en la vida social. La sociedad atiende y provee todas las necesidades del individuo, menos las del orden espiritual, por una sencilla razón: éstas son de satisfacción individual y ninguna fórmula colectiva las alivia. La Educación es colectiva y sólo forma la cáscara del individuo, el ente social. La lectura es impuesta y dirigida y sólo sirve, por eso, como complemento de la Educación, para perfeccionamiento del ciudadano. La actual lectura colectiva no tiene un fin cultural, tiene un fin social: persigue afianzar a cada individuo dentro de la sociedad, para que la marcha de ésta, en una dirección ignorada, que ciertamente no está señalada por la cultura, sea más perfecta.

Si se quiere una sociedad culta, aligérese las imposiciones "culturales". Para hacer culto a un hombre hay que hacerlo previamente receptivo a la cultura. No importa que una educación colectiva inicialmente imponga nociones y rudimentos culturales (aunque esto podría cambiar). Pero cuando, posteriormente, el hombre quede frente al grueso de la cultura humana, demuéstrele, antes que nada, que ella no es ajena a él, que le pertenece, que es la creación de hombres esencialmente iguales a él. Muéstresele su derecho natural sobre la cultura haciendo que la aproveche, pero no en sus capas accesorias sino en las medulares. Todo hombre alguna vez ha quedado perplejo ante el impacto del amor intersexual, se ha sobrecogido con una angustiada curiosidad ante la muerte, ha interrogado dramáticamente por la existencia de una divinidad y un destino, ha querido comprender, dolido, la sustancia del mal y el pecado. Y la realidad no le ha bastado. Llévasele a los libros y enséñesele las respuestas que ha ensayado la humanidad. Quien interroga no pide realmente respuestas; le basta encontrar comprensión de su pregunta. Los libros no tienen soluciones para los problemas trascendentales de la existencia; los libros tienen el eco descomunal y perfeccionado —a veces en forma insospechada— de la propia voz personal. Esto da comprensión y cierta claridad... nadie pide más.

Como el adolescente que puede mitigar su sed de amor en ciertos libros, cualquier hombre encontrará el alimento más apremiante que reclame su espíritu en ellos. Cuando los haya probado en este nuevo contacto, comenzará a tomar posesión de su espíritu y él se desarrollará y le pedirá cada vez más y nuevos

alimentos de los libros. Ya se ha visto la evolución de la lectura-placer espiritual. La nueva etapa de la lectura que el hombre empieza, al captar valores espirituales en ella, tiene la peculiaridad de ser autónoma. El movimiento de la voluntad del lector nace en su ser íntimo. Esta conquista ya comienza a singularizar al individuo. Es extraordinario que en la sociedad alguien actúe por motivos íntimos; las únicas razones que se concibe son las exteriores, como explicación de las acciones. Desde que el libro es interés social, la lectura ha sido desproporcionadamente heterónoma. No hay necesidad de repetir apreciaciones sobre la educación obligatoria, ni sobre el grueso de la lectura social, éstas que ya se han hecho en el capítulo 3. La tendencia de la gente a leer por motivos de masa, inclusive ha sido explotada por los gobiernos y por ciertas minorías, los que hábilmente han sabido llevar el interés del público a temas, predominantemente religiosos o políticos, lanzándoles libros escritos ex-profeso. Aun la lectura utilitaria, que es la más difundida, responde solamente a la satisfacción de intereses adquiridos o, en el mejor de los casos, al cumplimiento de un papel social. La lectura autónoma —originariamente al menos— únicamente responde a la presión del propio espíritu del lector.

Ha escrito Ortega y Gasset (61) que “la cultura es hija del placer y no del trabajo” (habría que acotar que usualmente el placer pide trabajo). Esta frase ilumina. Entonces ¿cómo negar la prioridad del placer como condición para acercarse a la cultura? Sólo quien se acerca por simpatía a algo puede aspirar a comprenderlo. Luego, amar a la cultura, reconociéndola como medio para la subsistencia del espíritu —soplo primordial de la vida humana— debe ser la actitud inicial para aprovecharla.

IV.— LA POSIBILIDAD DE LA LECTURA AUTONOMA

10.—*Los factores humanos enemigos de la lectura.*

Tal como se ha presentado la evolución de la lectura-placer hasta la lectura autónoma, el arribo a ésta parece, en la teoría, libre de obstáculos mayores. En la práctica, sin embargo, hay dos obstáculos, grandes pero no insalvables, que tiene la gente para llegar eventualmente a la lectura autónoma: la falta de tiempo para leer y la falta de dinero para comprar libros (62). Ambos son factores sociales, cuya solución no compete directamente al bibliotecario, y que en muchos lugares del mundo son afrontados exitosamente por el Estado, mediante un incremento considerable de bibliotecas y del movimiento de extensión bibliotecaria. Empero, dentro del mismo esquema teórico que se está trazando, queda sin considerar un formidable inconveniente para la lectura autónoma: una resistencia innata del hombre hacia ella. En la naturaleza normal del ser humano hay factores que se oponen a la realización de una actividad como la que implica este tipo de lectura. Emile Faguet (1847-1916) (63) se ha referido a este inconveniente, ubicándolo en tres características humanas: la pasión, el amor propio y el espíritu de censura o crítica.

La vida misma es enemiga de la lectura, pues ella no es contemplativa sino dinámica. Un hombre que lee debe dominar sus pasiones; debe acallar su

61. Citado por Larbaud, Op. cit.

62. Díaz-Plaja, Op. cit.

63. Faguet, El arte de leer.

64. Reyes, La experiencia literaria.

tumultuoso devenir síquico. Como dice Alfonso Reyes (64), en cierta forma, "leer es uncirse al pensamiento ajeno"; difícilmente puede haber actividad que requiera mayor calma y concentración, por la sutilidad del conductor. Corrientemente, un hombre tiene necesidades que lo distraen o hacen frío para las concepciones de los demás. Casi nadie está, espontáneamente, en disposición de entregarse a una obra. Es por ello que, inclusive, ordinariamente, se piensa que el hombre que suele leer es un ejemplar *sui generis*, que casi no tiene pasiones, no es muy ambicioso y que apenas tiene deseos y preferencias importantes en el mundo exterior. Al hablarse de unción y de cierto papel pasivo en la lectura, ya se habrá adivinado que el amor propio también sufre con ella. Piénsese ahora que el autor de un libro "es un hombre que se separa del grupo y que pretende hacerse admirar, o por lo menos hacerse escuchar, y divertir" (65). Quien abre un libro está buscando a alguien para que lo divierta, lo asombre o le enseñe. En general, abrir un libro tiene bastante de abnegación y humildad, originadas por la victoria del aburrimiento o la necesidad espiritual sobre el amor propio. Como una derivación del amor propio, aparece también el espíritu de descontento ante la calidad del mensaje del libro, que se traduce en crítica o censura. Esta ataca indistintamente al fondo o a la forma de la obra. Borges (66) lamenta que "ya van quedando muy pocos lectores en el sentido ingenuo de la palabra; la mayoría busca tecniquerías que les indicarán si lo escrito tiene o no el derecho de agradecerles". La crítica al fondo puede ocurrir porque la persona no sabe deponer momentáneamente sus propias ideas para entrar en las de la obra. Casi siempre la crítica o censura ocurren determinadas por el llamado "gusto difícil", el que, individualmente y con gradaciones, no es muy raro de encontrar. En él, hay que establecerlo, prima una tendencia de encontrar forzosamente malas las cosas que se presentan. ¿Por qué? Puede ser por el placer que causa no estar de acuerdo con nadie, lo cual da un sentimiento de superioridad. Puede ser también por el espíritu de contradicción, que no es sino un ejercicio de la voluntad de potencia que busca la lucha. Puede ser, por último, por un deseo de no ser engañado, de no entregarse a los artificios de otro, pues, de hacerlo, vendría la sensación de estar conquistado. Justamente las personas de espíritu delicado o fuerte, rara vez ríen o lloran ostensiblemente, pues darían muestras de estar prendadas o cautivadas. Admirar es confesar tácitamente que se está aturdido, deslumbrado, por el talento, la habilidad o destreza de otro, y esto no agrada reconocerlo.

Básicamente, las consideraciones de Faguet tienen vigencia hoy, pero la negatividad de los factores ha disminuido. Ya se ha visto, en el capítulo 7, que la facultad de leer recién la ha adquirido la humanidad, como especie, en este siglo. Antes del siglo XIX, incluso era muy rara la gente que leía por placer (67); es que había muy pocos alfabetizados y muy pocos libros para entretenimiento. Hoy, la masa recurre, sin ninguna aprensión, a un material de lectura degradado, para procurarse perentorio entretenimiento. La vida humana, —la vida urbana— forzada por las circunstancias, se ha hecho fácilmente compatible con la lectura, aun considerada ésta sólo como hecho fisiológico. Pero el amor propio y el espíritu de descontento no han disminuido en la misma forma, pues igual que hace uno, dos o veinte siglos, se sublevan ante la recepción de mensajes escritos de cierta dificultad y calidad. Esto ocurre en cualquier individuo, no importa su nivel intelectual o educativo. Puede tener tanto amor propio y el gusto tan difícil un obrero semianalfabeto como un profesor universitario, considerados ambos

65. Faguet, Op. cit.

66. Borges, Discusión.

67. Monroe, Op. cit.

individualmente, no dentro de sus grupos sociales. Pero el amor propio y el espíritu de descontento a la postre resultan siempre vencidos por el espíritu, que es la fuerza suprema. Un espíritu tocado por el alimento de los libros, dentro de un hombre prudentemente mantenido en contacto con ellos, vence cualquier inclinación innata. Todo depende de la dosificación, lentamente creciente, que se vaya haciendo en la dificultad y calidad del contenido de los libros que le son presentados.

11.— *El "Arte" de leer o la bibliopsicología*

Hay varios libros que hablan de un "arte" de leer y mucha gente, en consecuencia, que cree que él existe. Indudablemente, por "arte" se entiende en este caso artesanía, o sea un "conjunto de preceptos y reglas necesarios para hacer bien alguna cosa" (68). Si existiera tal arte de leer, todo el problema actual de la lectura se desvanecería difundiendo aquél y no habría necesidad de muchas más preocupaciones. Mortimer Adler (69), norteamericano contemporáneo, hace de este arte una complicada materia, con innumerables recomendaciones que tocan puntos tan específicos como la "búsqueda e interpretación de palabras importantes" y el "descubrimiento y comprensión de sentencias importantes" en los libros. Emile Faguet (70) es más conciso y moderado; para él, "el arte de leer es el arte de pensar con un poco de ayuda" y por consiguiente tiene las mismas reglas generales que el pensamiento: lentitud, circunspección, crítica moderada, etc. Pero en realidad, para Faguet la lentitud "es la única generalidad, válida para todo tipo de libros, del arte de leer. Leer preguntándose a cada instante si se ha comprendido bien y si la idea que se acaba de recibir es del autor y no propia". El arte de leer, como se ve, implica la hegemonía absoluta de la razón en el proceso de la lectura y supone la existencia de sendos mensajes definidos en los libros, que se deben descifrar cuidadosamente. Estas dos premisas son muy discutibles y, de hecho, hallan su contradicción en los testimonios de ilustres literatos y lectores. Anatole France (71), bibliotecario, gran lector y eximio literato, afirmaba que "un libro tiene tantos ejemplares como lectores". El genial Oscar Wilde (72) opinaba que "la apreciación de la literatura es cuestión de temperamento y no de enseñanza". Y José Enrique Rodó (73) da un testimonio rotundo sobre el verdadero sentido del libro: "[Es] grande instrumento de reforma interior... no principalmente por la fuerza propia de la idea, sino por la virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y provoca el movimiento... el libro vale no por lo que argumenta sino por lo que conmueve; no por su luz sino por su calor y vida. No hay concepto intelectual que por sí solo mueva a la práctica." El mensaje capital del libro va al sentimiento e incidentalmente a la razón. Pero, para no formarse un juicio, tal vez apresurado, solamente a base de generalizaciones a priori de autores, se puede recurrir a la ciencia. Existe la bibliopsicología, rama de la psicología que "estudia las experiencias, determinadas y complejas, que provoca el libro en el lector" (74). A ella han dado aportes, entre otros, Wilhelm von Humboldt, Tarde, Roubakine, Hennequin (75). Precisamente a Humboldt (76) se debe la que sería

68. Diccionario enciclopédico abreviado.

69. Adler; *Cómo leer un libro*.

70. Faguet, *Op. cit.*

71. Finó, Anatole France, bibliotecario.

72. Wilde, *Hay que leer o no leer*.

73. Rodó, *El camino de Paros*.

74. Lasso de la Vega, *La clasificación decimal*.

75. Hennequin, *La crítica científica*.

76. Lasso de la Vega, *Op. cit.*

premisa fundamental de esta disciplina, y ella es que el libro, en general, como la palabra, no trasmite nada: ilumina en el alma del lector los espacios más diversos de experiencias propias. La palabra es un medio de excitación, no de trasmisión, porque para ser esto, todas las personas deberían concebir las mismas ideas en relación con las mismas palabras, lo cual es imposible. De este principio se deduce que “el secreto del sentido de la influencia del libro no reside en el libro mismo, sino en las particularidades síquicas y sociales del lector” (77). Ahora sí, queda esclarecida la singularidad peculiar de cada relación lector-libro y se esfuma la posibilidad de reglamentarlas o encauzarlas a base de generalizaciones. El libro es, efectivamente, un “pequeño instrumento (que) pone en actividad (el) entendimiento... y (el) espíritu” (78); pero no se olvide que hoy se sabe que la mayor parte de la síque es inconsciente e indecifrada, por lo que no se le puede limitar y mortificar con reglas exactas y meticulosas. Bien dice Guitton (79) que lo hermoso, lo agradable en la lectura, no se entiende, es difícil, y un libro hermético es el que más da. Lo sugerente es lo oscuro o lo conciso. Además, la preocupación por comprenderlo todo malogra cualquier lectura. “El libro, como la sensitiva, cierra las hojas al tacto impermíente” (80); si no se olvida, incluso, el deseo de aprovechar, el libro enmudece y sus páginas aparecen como meros conjuntos de signos.

La pretensión de practicar un arte de leer, es un gran inconveniente para la lectura autónoma, pues por ser una actitud diametralmente equivocada, se muestra inoperante o insípido y acaba por hastiar al lector y alejarlo irremediablemente de la estimación de los libros. Seguramente es en gran parte debido a esto que en E.U. los graduados “usan sus diplomas como una sanción social que los exime de pensar sus propios pensamientos y de comprar sus propios libros” (es decir, acaban con un tormento estéril que se les imponía), aunque quien lo afirma no lo comprende así (81).

12.— *La lectura activa*

Para la realización del proceso individual de la lectura, como se ha visto, difícilmente se puede ayudar al lector con normas, pues éstas suelen resultar contraproducentes. A lo más, se le puede orientar con sugerencias amplias, siempre que éstas sean producto de una experiencia o comprobación personal. Pero, tampoco se le puede abandonar —a un fracaso casi seguro— a que intente comprender los buenos libros con el instrumento imperfecto que es su facultad de leer tal como se la ha modelado la Educación. Hay que enseñarle, lentamente, la posibilidad de que transforme su inoperante actitud de receptividad pasiva en otra dinámica, activa. Se le hará ver que los caracteres impresos del libro corresponden a situaciones vitales —tan reales, aunque quizás más intensas y nítidas que las que él suele vivir— de las que el autor ha querido hacer partícipes a sus semejantes. Se le hará ver que en cada página hay una potencia comprimida que espera su acción para recobrar vida. Esta potencia vital no emerge merced a un esfuerzo de su ingenio ni a un misterioso ritual —por más que algunos críticos y profesores así lo quieran— sino que se desarrolla, simplemente, frente al sincero deseo de encontrarla. Andre Maurois (82), sentencia que en los libros

77. Id., id.

78. Faguet, Op. cit.

79. Guitton, Op. cit.

80. Reyes, Op. cit.

81. Adler, Op. cit.

82. Maurois, Op. cit.

no se encuentra más de lo que se lleva. Quien leyera el "Quijote" para hacer un análisis socioeconómico de su ambiente, —lo cual en esta época no sería raro— encontraría probablemente en la obra un pálido reflejo de las "estructuras" de la España de entonces y nada más. Hay también, gente "entendida" que sólo encuentra las figuras literarias en los poetas. Pero, quien busque vida en los libros, la encontrará. Lo que se llama lectura activa⁽⁸³⁾ es la modalidad para lograr este objetivo. Con ella, se tiende a reconstruir las situaciones vitales subyacentes en los libros, para asimilarlos cabalmente. Su práctica no va en forma alguna contra las premisas de la bibliopsicología, por cuanto es libre y absolutamente individual.

La primera preocupación del lector activo es sentir, vivir el libro que ha leído antes de formarse ninguna opinión sobre él. Es muy frecuente hallar personas que equivocadamente se interesan sólo por el tema o argumento de una obra, como si éste pudiera desmembrarse de su original unidad. Claro que tampoco las obras representan solamente la vida por la vida, como se dice, sino que invariablemente implican ideas. Y es que las ideas son integrantes infaltables de cualquier manifestación humana; pero no es lícito aislarla y juzgarlas separadamente, pues ellas están estrechamente vinculadas y determinadas por otros complejos elementos reales. Es necesario, entonces, comprender antes que juzgar una obra. Se debe recordar que sólo por la simpatía se puede comprender las actitudes de un semejante. Incluso, en el momento de la lectura, es lo mejor detenerse cuando se siente que el alma ha sido "tocada", pues precisamente el propósito del autor es realizarse momentáneamente en un alma ajena. Hay que hacer un esfuerzo por contener las reacciones racionales, producto de un arraigado hábito. Se debe permanecer neutro por unos instantes, puro, pasivo, ante el mensaje del autor. Para que esta abstención resulte más fácil, es mejor advertir que el temor a perder las propias ideas es el que hace apresurar a objetar las extrañas. Una inercia, elemental pero no infranqueable, impide dejar de lado los puntos de vista personales, y a ella se aúnan la vanidad y el deseo de seguridad, con tal cohesión que llegan a convertir a algunos seres en esclavos de ideas tempranamente adquiridas. Es necesario preguntar simplemente ¿si no se sale del recinto personal para entrar al ámbito de la obra, cómo se puede juzgar ésta? Sin embargo, el espíritu de búsqueda que debe primar es muy fácil de trocarse en espíritu de polémica, por lo que es necesaria cierta atención para cualquier sutil cambio. Existe incluso una clase de lectores que piensa por contraste con lo que lee⁽⁸⁴⁾, para los cuales evidentemente es más difícil penetrar en la obra. Hay que considerar que, en última instancia, el libro que se tiene ante los ojos representa una parte de la realidad, que se debe procurar no soslayar ni deformar intencionalmente con la subjetividad. Krishnamurti,⁽⁸⁵⁾ filósofo hindú contemporáneo, dice que el hombre vive dentro de una maraña de respuestas condicionadas típicas, las que hace funcionar ante cualquier estímulo que le llega del mundo exterior. Es como si tuviera la conciencia convertida en un depósito clasificado, donde a cualquier percepción que ingresa —aun nueva— se le fuerza a una ubicación preestablecida. Debe luchar contra esta tendencia, e inclusive buscar obras que se sepa portadoras de ideas contrarias a las propias. La razón, para no atrofiarse, unilateralizarse o deshumanizarse, tiene que ejercitarse en el conocimiento de cosas diferentes y contrarias. Especial estimación han de merecer todas las cosas que sean capaces de hacer tambalear las concepciones personales. Las ideas son dinámicas: no deben, pues, quedar sedentarias en el cerebro. El otro extremo posible en el com-

83. Cáceres, Regards neus sur la lecture (aquí se presenta el término).

84. Lasso de la Vega, Op. cit.

85. Krishnamurti, La paz fundamental.

portamiento del lector frente a una obra sería el de tomar el contenido de ésta como absolutamente real. La simpatía que despierta lo bello es una magia irresistible a veces, ante la cual impensadamente, se abren el espíritu y la razón al mismo tiempo. Ningún éxtasis ha de ser tan intenso que haga olvidar la consideración fundamental de que la verdad total —si fuera concebible— es harto compleja para captarla repentinamente. Además, puede ocurrir que se acepte completamente y se crea en lo leído por la analogía que guarda la organización síquica del autor con la propia. En verdad, un libro auténtico lo máximo que puede portar es la imagen condicionada de una realidad personal. Todo libro, por maravilloso que parezca, es sólo la verdad de un hombre, y el entusiasmo que produce no debe ofuscar hasta hacer perder la noción de la complejidad del universo. La lectura es tal vez la actividad que proporciona el género más precioso de conocimiento, pues permite percibir una imagen integral del hombre, con todos sus contrastes e inverosimilitudes, y a través de él, una visión del infinito. Pero recuérdese que sólo lo hace a través de una ventana y que en cada ser hay otra que, con las contraventanas entreabiertas, espera recibir directamente la luz. Schopenhauer⁽⁸⁶⁾ dice que los pensamientos escritos deben ser como las huellas de un caminante en la arena: hay que seguirlas, pero mirando con los propios ojos el panorama alrededor.

El mensaje de un libro, luego de ser comprendido, llama a la crítica. Esta es un proceso que naturalmente aparece en el cerebro. Al sentir y comprender un lector la obra, tiende luego automáticamente a apropiarse del contenido. Pero, al hacerlo, inevitablemente surge la confrontación con las ideas o vivencias personales. La crítica es algo así como un cernidor sobre el que se agitan los nuevos contenidos al lado de los propios. Después de ella, aunque no haya innovaciones en los contenidos, hay siempre un ligero cambio en la conformación espiritual. Por esto se dice, con alguna exageración, que no hay libro malo o que no dé nada. Para el buen lector, no hay lectura que no produzca una vibración y reajuste espirituales. Así, cualquier libro le ofrece la coyuntura de un avatar.

La lectura activa se puede considerar como una conversación con los autores de todos los tiempos sobre los problemas que han rodeado siempre la vida del hombre. Sobre estos grandes problemas, se puede encontrar diversas ideas, que al confrontarlas entre sí aparecen como contradictorias. Sin embargo, todas ellas al ser conocidas probablemente han sido sentidas, comprendidas y aun vividas con parecida intensidad. Todas son bellas o sublimes. Se diría que son productos de estados de ánimo diferentes, en diferentes momentos y ante diferentes estímulos. Al pretender hacerlas coincidir mediante el intelecto y fracasar, se impone atisbar un instante por encima de él y de todo lo accesorio y reconocer solamente en ellas la suprema identidad de la naturaleza humana. Pero si se quiere profundizar más en ellas, para captar plenamente las sustancias intemporales de sus verdades, hay también recursos. Faguet⁽⁸⁷⁾ recomienda leer antes de determinada obra, una historia literaria que haga referencia a ella y a su autor, ubicándolos. Luego de leer aquélla, se puede recurrir nuevamente a ésta, para comprender el ambiente social en que se gestó, y a un estudio sobre el autor para conocer su personalidad. Y finalmente, se acudirá a la crítica, para, con su aporte —los nuevos enfoques e ideas que sugiere— releer y repensar la obra. Esto es lo ideal, en el caso de querer profundizar. Parece complicado, pero cuando se presenta el deseo —cuando un autor u obra conmueven— resulta poco para satisfacerlo.

86. Schopenhauer, Op. cit.

87. Faguet, Op. cit.

Además de las circunstancias histórico-personales que afectan íntimamente la verdad que expresa un libro, hay otros elementos que inevitablemente la envuelven. Las ideas que exponen, verbigracia, los novelistas, son elaboradas por ciertas situaciones en la ficción y se desarrollan dentro de ella: "Papá Goriot", de Balzac por ejemplo, no es el drama de la avaricia en general, sino el de un determinado avaro (que pertenece a una familia burguesa francesa del siglo 19) (88). Casi siempre, la lectura da menos conocimientos sobre el alma humana que sobre situaciones concretas de ella, pero éstas y las trayectorias que dibujan son el valioso elemento inmediato para comprenderla. Alain (89), refiriéndose a los literatos y filósofos, afirmaba que no dicen en sus obras lo que piensan y sienten verdaderamente, éstos por la frialdad del sistema, aquéllos por la pasión del relato. En ambos casos, es necesario para el lector "emplear la sorpresa" y descubrir los momentos en que se traicionan. Bajo el armazón que van ensamblando, se esconde el hombre, que es lo más interesante. El armazón no se subestima: la trama, el estudio, el sistema o la teoría, se consideran, valorizan y disfrutan, pero como productos. Mediante la lectura activa, el lector busca aprehender el fondo humano de los libros, y a partir de él le resulta fácil entender y asimilar su contenido cultural.

V. LA MISION ACTUAL DEL BIBLIOTECARIO

Ortega y Gasset, en su conferencia "La misión del bibliotecario", propugna que, dada la situación actual del libro y la cultura, la labor capital del bibliotecario sea ejercer la policía del libro. Esto quiere decir que aquél debe encargarse de velar por el cumplimiento de ciertas normas en los campos de producción y aprovechamiento del libro, para superar las graves irregularidades y defectos que éstos presentan. Esta misión supone una labor ímproba y colosal para el bibliotecario, que incluso sería excesiva para cualquier profesión o grupo humano. En realidad, cualquier solución del problema del libro mediante normas aplicadas directamente parece, por muchas razones prácticas, una utopía. Además, en las páginas precedentes se ha apreciado que los problemas del libro y la lectura tienen su origen en algo más profundo que el descuido de ciertas reglas que deban normarlos. El panorama presenta, esencialmente, la pérdida de la perspectiva del libro verdadero, reemplazado por un disminuido sucedáneo y la existencia de una facultad de leer trunca que impide llegar al disfrute de la cultura auténtica. Las reglas elementales pertinentes, que en el pasado estuvieron restringidas a la práctica de una minoría, que afortunadamente manejaba la cultura y el libro, hoy parecen haberse olvidado. Las tendencias que se auscultan en el público son todas equivocadas, descaminadas. Sucede que, por un designio político, la cultura se ha vertido bruscamente en toda la extensión de la sociedad y la masa se ha apoderado, de hecho, del medio empleado, el libro. La masa es la fuerza suprema. Ella no ha entendido la visión de la cultura que precipitadamente se le puso en los ojos y hace marchar la sociedad alejada de aquélla. Algunos espíritus clarividentes han dado la voz de alarma sobre el insospechado peligro que esta dirección encierra. El mismo Ortega y Gasset habla de la "barbarie de la especialización"; todos ellos coinciden en señalar la horrible posibilidad de que el ser humano enajene su espíritu y dé al traste con milenios de civilización laboriosamente conseguida, por estarse forjando un ambiente asfixiante

88. Tomado de Cacéres, Op. cit.

89. Citado por Guitton, Op. cit.

para aquél. El hombre actual habita en urbes, dentro de las cuales ha perdido contacto con la naturaleza exterior y cuyo ritmo de vida le impide ocuparse de su naturaleza interior. Rodeado de una automatización intensiva, necesaria para la supervivencia colectiva, vive el riesgo de perder —olvidar— su rol creador y directriz y convertirse en un mecanismo más. Esta dirección desconcertante de la civilización se debe a un sencillo hecho: la masa ha asimilado la técnica y no la cultura. Ella ha entendido los criterios y normas prácticas, pero no las verdades incondicionadas que son el sustento primero de aquéllas y su meta. Se ha aprovechado medios ignorando los fines. ¿Por qué ha ocurrido este fenómeno? Aquellos de pensamiento aristocrático recurrirán al fácil expediente de atribuirlo a la mediocridad intelectual de las mayorías. Y en cierta forma tienen razón: la masa es mediocre. Pero lo es por su sola condición de pluralidad compacta de individuos, no por la calidad intelectual de cada uno de sus componentes. Tiene casi tan bajo cociente intelectual una masa de campesinos como una masa de escritores, por ejemplo (90). Se ha tratado de impartir la cultura y la técnica por medios masivos. En el aprendizaje de la materia superficial, de ejercicio mecánico, ha habido éxito, pero en el de la que requiere la activación de procesos síquico superiores, se ha fracasado. El fracaso ha sucedido, tal vez, por dos razones fundamentales: porque el proceso de captación es delicadamente individual y porque la cultura no se aprende: se siente y luego se comprende.

* * *

La función social del bibliotecario es un servicio, que se presta facilitando el acceso de la colectividad a la cultura contenida en los libros. Esta función, hoy, en realidad no se cumple, porque, como se ha visto, la mayoría de la colectividad ignora la cultura. La función bibliotecaria presupone una sociedad consciente y ávida de la cultura, la cual no existe. Pero una profesión se origina para servir a una necesidad social, que puede estar manifiesta o latente. En el momento actual, la necesidad social de cultura está latente. Por lo tanto, el bibliotecario debe asumir el rol histórico previo que le corresponde —considerándolo como una misión— de hacer aflorar esta necesidad, para que ella le permita cumplir la función social que se le tiene encomendada.

La orientación de la lectura-placer desde su grado más bajo de entretenimiento, por la satisfacción de las necesidades espirituales del individuo, hasta el nutrimiento cabal del espíritu en la cultura, es la posibilidad para cumplir su misión que las circunstancias actuales ofrecen al bibliotecario. Esta modalidad de lectura es, sin embargo, mucho más que una medida para despertar la inmanifiesta necesidad social: puede, a la postre, resultar el recurso ideal para enriquecer a la sociedad y devolver su marcha a un rumbo consecuente con la cultura.

90. Confróntese, Le Bon, Op. cit.